

# Una economía que sirva para vivir. Recorrido por las construcciones económicas del feminismo

*Autora: Marta Pascual Rodríguez*  
Ecologistas en Acción

## **Resumen**

Las actividades tradicionalmente realizadas por mujeres han de incorporarse al campo de lo económico y reorganizar la comprensión de este desde tres estrategias diferentes: dar igual consideración económica a la actividad de los hogares que a la del espacio público; invertir las jerarquías, otorgando más peso al espacio doméstico y trascender la dicotomía a través del término bisagra “sostenibilidad de la vida”. Las dos primeras se agrupan bajo el término Economía Feminista de la Conciliación y la tercera aglutina las Economías Feministas de la Ruptura. Introducir la visión femenina en la economía no es únicamente tener perspectiva de género sino que supone descentrar los mercados y colocar la sostenibilidad de la vida humana en el centro de la reflexión económica, trabajando para que las tareas que supone la sostenibilidad se conviertan en responsabilidad social, también masculina. La economía feminista de la ruptura reivindica poner la sostenibilidad de la vida en el centro y entender la economía como los procesos de satisfacción de necesidades y generación de

recursos precisados para el vivir-bien. Por eso la economía feminista reformula el marco del “lo económico” poniendo en duda sus construcciones esenciales, las dicotomías que permiten su delimitación: trabajo/no trabajo, público/privado, mercado/gratuidad.

*Palabras clave:* Economía feminista, Economía de los cuidados, Mujer, Economía del hogar, Bien vivir.

### **Abstract**

Traditionally women dedicated duties have necessary to be included in the Economy from a triple perspective: equality for in-home duties and tasks, at the same level as the ones in the public arena; hierarchy reversal, giving priorities to in-home spaces and the rise of a new concept “life sustainability”. First two are known as part of the Feminist Conciliation Economy while the third one is called Feminist Breaking off Economy. Let the female vision to be introduced into the Economy it is not only a gender perspective, but also implies to put the life sustainability in the centre of the debate- not the market- and work towards sustainability reports in social responsibility, even for men!. It is a claim to human life sustainability and Economy as the process of satisfying necessities and creation of resources for well-living. This is why feminist economy rewrites the logical framework of “economics”, doubting about its principals: dichotomies as working/not working, public/private, market/gratuity.

*Key words:* Feminist economy, Care economy, Women, Home economy, Well living.

Recibido: 30.04.2010

Aceptado: 10.05.2010

---

## **I. Introducción**

Etimológicamente la palabra economía se deriva de oikos (del griego casa) y nomos (del griego leyes, normas), es decir, administración y gobierno de la casa y sus bienes. Al parecer en nuestra antigüedad se veía necesario el estudio de ese espacio de convivencia y de organización en el que se distribuían los recursos y se gestionaba la resolución de las necesidades esenciales. De la suma de estos dos significados nació una disciplina que ha ido desplazando su objeto de estudio hasta contextos profundamente alejados de sus orígenes. De la economía próxima al espacio cotidiano (en el que se resuelven las necesidades y la calidad de vida), hasta aquella que coloca en el centro el trabajo asalariado, la producción, el intercambio mercantil o el capital median siglos de historia y una enorme distancia semántica y práctica.

Sin embargo conviene guardar esta referencia inicial. La teoría económica ha dado muchas vueltas a lo largo de los siglos, alejándose del hogar donde nació. La economía de género y la economía feminista están recolocando marcos conceptuales y haciendo un camino, no ya de vuelta a casa -un lugar lleno de tensiones e inequidad- sino de vuelta a las preguntas esenciales para la supervivencia.

Para distinguir esta economía original, que era gobierno de la casa, de la economía que es gobierno del estado, se utilizó durante un tiempo el término “economía política”. Progresivamente este contenido inicial fue transformándose hasta hacer desaparecer las referencias a la gestión doméstica y reducir la economía, ahora sin apellido, a ese gobierno de los recursos en el espacio público y finalmente a la valoración de los mismos.

La economía feminista acerca la reflexión teórica a la motivación esencial de los seres humanos: la sostenibilidad de la vida. Esta se señala como punto de partida necesario para comprender -y construir- un sistema económico centrado en las personas.<sup>1</sup>

Situar la sostenibilidad de la vida como eje de análisis, conduce a revisar la validez de los indicadores al uso (como es el PIB), reinterpretar conceptos clásicos de la economía (trabajo, valor...), y trastocar jerarquías de valores sobre las que se ha construido nuestra concepción moderna del mundo. Al hablar de sostenibilidad nos referimos no sólo a la posibilidad de que la vida continúe, sino de que lo haga en condiciones de dignidad y equidad.

La economía convencional únicamente considera objetos económicos a aquellos que pueden ser apropiables, intercambiables y monetarizables<sup>2</sup>. Deja por tanto fuera realidades no apropiables (como puede ser el aire limpio), no monetarizables (como es el consuelo) o no intercambiables en el mercado (como sería la cohesión social de un grupo) y sin embargo imprescindibles para el bienestar humano. Dicho reduccionismo no sólo olvida incluir en sus cuentas el medio natural del que dependemos, sino también las interminables tareas de reproducción humana y social que se realizan esencialmente en espacios “no económicos” al decir de la academia.

El movimiento de la Economía Crítica (que se viene reuniendo bianualmente desde 1987) reúne a economistas diversos y diversas que se enfrentan a las categorías y postulados de la economía ortodoxa, la que domina el mundo de las empresas, las facultades y la política. También las economistas feministas han desarrollado un cuerpo teórico propio, presentado en las jornadas bianuales de Economía Feminista. Tanto la economía feminista como la economía ecológica ocupan espacios centrales

---

<sup>1</sup> Esta y otras ideas desarrolladas en el presente texto están ampliamente tratadas en el estudio de Amaia Pérez Orozco, *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, Madrid: Consejo Económico y Social, 2005, que recorre, explica y categoriza las propuestas económicas realizadas en el marco del feminismo y ahonda en el estudio del trabajo de cuidados.

<sup>2</sup> Un magnífico resumen de la crítica y propuestas de la economía ecológica se puede encontrar en NAREDO, J.M., *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: S. XXI, 2006

y sinérgicos en la crítica a las alternativas económicas al uso. Partiendo de las crisis que el sistema económico ha desencadenado en el medio ambiente y en el cuidado de la vida y la equidad, ambas economías –la ecológica y la feminista- argumentan la inadecuación del mercado como fórmula para promover el bienestar humano y el mantenimiento de la vida en equidad.

Sacar a los mercados del epicentro de la vida y colocar la sostenibilidad en este centro es en síntesis la propuesta de la economía feminista que conecta con el bienestar humano. El presente texto hace un recorrido por las aportaciones que el feminismo ha generado en el campo de la economía.

El feminismo es un espacio de crítica privilegiado para desmontar categorías y modos de comprensión. De ahí el valor de sus reflexiones para enriquecer las revisiones económicas críticas con las interpretaciones del modelo capitalista.

Dos precisiones necesarias antes de seguir adelante para evitar sobregeneralizaciones: puesto que las todas interpretaciones están localizadas en el tiempo y en el espacio, aclararemos que este análisis está situado en un contexto determinado, el occidental y se construye desde el feminismo occidental desarrollado por mujeres blancas y de clase media.

## II. La construcción del actual paradigma económico

Toda interpretación teórica se apoya en herramientas que orientan su contenido. Estas herramientas son funcionales a quienes detentan el poder de construirlo. Así ocurre con el pensamiento ilustrado, que organiza la comprensión del mundo en función de conceptos opuestos por pares. Los dos términos de cada par no tienen igual valor. Uno se presenta como más valioso que el otro, hasta el punto en que se erige como norma (frente a su par, considerado desviación) y puede llegar a negar a su pareja y presentarse como universal.

Dualismos especialmente fructíferos para la construcción de nuestro mundo occidental (de su pensamiento y su organización) son aquellos referidos a la división razón-emoción, público-privado, alma-cuerpo, hombre-mujer o cultura-naturaleza.

En el par hombre-mujer (ejemplo esencial de las dicotomías patriarcales) el primero se sitúa por encima de la segunda, que se considera a menudo una “variante” de este (permítaseme una antigua referencia televisiva infantil. Se refiere a los pitufos, una colección de muñecos azules que se distinguían por sus diferentes personalidades: el gruñón, el romántico... Entre ellos se incluía la pitufina, un tipo más de pitufo cuya particularidad o variante era ser del género femenino. Por cierto, llevaba una flor). El hombre marca el patrón de la normalidad, es el prototipo de “ser humano”.

Estas díadas se asocian entre sí, estableciendo algo así como dos trincheras diferentes: al lado del hombre queda la economía, el trabajo, la razón, el alma, la autonomía, el espacio público... Al lado de la mujer aparece lo no económico, el no trabajo, la emoción, el cuerpo, la dependencia, el espacio privado... Sin necesidad de

equipararlos directamente, se establecen nebulosas semánticas que asocian los términos de cada lado entre sí, construyendo mundos separados. Son los llamados “encabalgamientos” que cita la filósofa Celia Amorós.

La división público-privado, otro de estos términos esenciales a nuestra mirada económica, cobra presencia con la ilustración y la creación de los Estados. Permite la construcción de un espacio doméstico cerrado, no monetarizado, aislado del espacio público de los mercados. Adam Smith la recreó en su teoría económica. El mundo público es el lugar del mercado y la economía. El privado el de las relaciones no económicas.

Las explicaciones de la economía convencional se valen de esta comprensión dicotómica y jerarquizadora para hacer un dibujo parcial e interesado de la sociedad. Términos económicos esenciales encubren reduccionismos que conducen a deformaciones graves en la comprensión del mundo. Pensemos por ejemplo en el par población activa/población inactiva. Para situar la relación respecto del trabajo se define la población activa como aquella que tiene un empleo, dejando fuera a la población inactiva, que no tiene empleo. Obviamente la primera posición tiene más valor que la segunda, que es dependiente de esta. Los trabajadores son aquellos que participan del mercado laboral. Las personas estudiantes, jubiladas, amas de casa o activistas sociales forman parte de ese batallón inactivo. La trampa epistemológica consiste en reducir la actividad a la actividad remunerada, ocultando la patente actividad (de lunes a domingo, incluidas vacaciones), especialmente de las “amas de casa”. En su simplificación esta dicotomía hace desaparecer la escala de grises que supone tanto la actividad remunerada como la no remunerada.

### **III. Dicotomías centrales del discurso económico. La economía y la no economía**

Mirando hacia atrás comprobamos que la economía ha revisado a lo largo de su historia la delimitación de sus fronteras. ¿Su esencia radica en la capacidad de resolver necesidades humanas?, ¿en el crecimiento de la producción?, ¿en el intercambio monetario?, ¿en la asignación de valor o en la “creación” de valor...? La definición de lo que son y no son objetos económicos ha tenido importantes consecuencias en la construcción de nuestra representación del mundo y en la organización social y política.

Podríamos vislumbrar unos orígenes de la teoría económica que vinculan esta con las realidades más próximas a la supervivencia: el espacio doméstico y el espacio natural. Como se comentaba al principio de este artículo, la palabra economía proviene del griego “oikonomía”, gobierno de la casa. Para Aristóteles la economía era la ciencia que se ocupaba de la forma de emplear y administrar los recursos existentes con el fin de satisfacer las necesidades de las personas y los grupos humanos. Esta centralidad de las necesidades humanas coloca la disciplina económica en un espacio próximo a la ética.

El pensamiento económico medieval en la Europa Occidental desarrolló reflexiones morales, interesándose por asuntos como la pobreza o la usura. Algunos escolásticos llegaron a preguntarse si es lícito enriquecerse con el comercio. En el siglo XVII las teorías fisiócratas consideran a la tierra como la única auténtica creadora de valor. Más allá de la producción que esta ofrece (con ayuda del trabajo agrícola) están las clases estériles (obreros, comerciantes...), que sólo toman productos y los transforman, sin crear nada nuevo.

La llamada economía política se diferencia de aquella primera “oikonomía” en que esta trata el gobierno de los recursos de las naciones. Bien pronto esta última acepción parcial copa el significado completo del término “economía”.

La economía clásica dirige su mirada a la producción y la distribución de los medios materiales que satisfacen las necesidades y deseos humanos. Producción es transformación de recursos naturales por el ser humano. La naturaleza, según se considera desde este enfoque, no produce: lo hacen los agricultores. El medio natural pasa a un segundo plano, mientras se consolida una idea de producción (se llama producción a la extracción o a la transformación de productos) que los fisiócratas despreciaban.

Otros temas clásicos de esta disciplina son el trabajo (mercantil) y el salario. El salario –en el paradigma clásico– es lo que ha permitido la reproducción en el ámbito de la familia. El salario mínimo, ese que permite la reproducción de la fuerza de trabajo, es llamado “salario de subsistencia”, pues cubre, siempre según la teoría económica clásica, las necesidades de reproducción de la mano de obra (entendidas como las necesidades de subsistencia de toda la unidad familiar). Con dicho salario se obtenían los insumos necesarios para sobrevivir. Pero para calcular el monto del salario de subsistencia no se suma el valor del trabajo doméstico –gratuito por definición– y por tanto este permanece invisible. De este modo el trabajo de reproducción de la mano de obra quedó fuera del campo de estudio de la economía.

Ya bien se interpretara que la economía consistía en la transformación de recursos naturales (como defendían los fisiócratas) o bien en la producción de bienes y servicios destinados al intercambio monetario, la reproducción y las relaciones sociales quedaron fuera de esta disciplina.

La escuela marginalista centra la riqueza en el mercado: “riqueza es cualquier cosa que tenga un valor de cambio” (Fawcett, 1870). En el mercado ideal del que se habla, son los agentes autónomos, individuales, anónimos y con preferencias estables quienes intercambian, en relaciones supuestamente no tensionadas, eligiendo en función de cálculos racionales. Eligen libremente, y toman decisiones maximizando la eficiencia de los recursos. Esta presunción no cuenta con la fuerte incidencia de las empresas en la creación artificial de demanda por la vía publicitaria. A poco que se reflexione sobre la toma de decisiones económicas de este sujeto mercantil, descubrimos la fragilidad de todos sus supuestos atributos. Ni tan racional, ni tan estable, ni tan autónomo, ni tan individual, ni tan libre.

Vemos cómo de las necesidades humanas y la ética del reparto de aquella primera economía hasta la ley de la oferta y la demanda y las teorías de creación del valor hay un buen trecho que ha ido dejando fuera los elementos esenciales para la supervivencia y para la convivencia y cohesión comunitaria.

De forma progresiva el punto de mira de la economía se ha ido desplazando de la casa y la tierra hacia el trabajo, del intercambio hacia el mercado y el capital, para recalcar en el valor monetario, que se materializa en el dinero, eje central de las decisiones económicas.

El dinero, herramienta metodológica de la economía neoclásica, se convierte en instrumento de medida por excelencia y construye, como patrón “objetivo”, el núcleo de la ciencia económica. Fuera del dinero, la no-economía, el no-valor.

La dicotomía economía-no economía (monetarizado-no monetarizado) simplifica una realidad muy compleja, jerarquiza las decisiones económicas colocándolas por encima de las vitales, las sociales o las naturales, e invisibiliza ese cúmulo de fenómenos que ocurren en el espacio doméstico y en el medio natural.

La economía está por encima y tiene prioridad sobre todo aquello que no ha sido contabilizado por ella hasta el punto de hacérselo casi invisible. Este ocultamiento deja fuera diferentes campos de la actividad humana como son la producción de subsistencia, el mercado informal, el trabajo doméstico o el activismo y voluntariado social. También deja fuera los procesos naturales que sustentan sistemas complejos y necesarios como son la regulación del clima o la fertilidad de los suelos.

#### **IV. El trabajo y el no-trabajo**

Desde la teoría económica el trabajo productivo puede delimitarse con diferentes criterios: aquel que añade valor a un objeto material, el que genera aumento de capital, el que se intercambia por un salario... En todo caso el trabajo doméstico queda fuera de cualquiera de estas interpretaciones. De nuevo se constata la vinculación que una delimitación semántica –en este caso la del trabajo- tiene en la consideración social de las distintas aportaciones humanas al mantenimiento de la vida y la sociedad.

Según el marxismo, el trabajo permite desapegarse progresivamente de las necesidades animales. Desde luego, el trabajo de reproducción humana no cumple con esta condición. “Si no te pagan por ello, no es trabajo”, afirma Jevons. Por eso el marginalismo sí considera trabajo al de los empleados domésticos que trabajan para las clases altas. Las tareas de cuidados realizadas en el espacio privado de forma no asalariada quedan en los márgenes de todas las conceptualizaciones del trabajo en la economía al uso.

Esta es la imagen que nos ofrece la economía convencional: el mercado es el lugar público del intercambio movido por el egoísmo. La familia el espacio privado de la reproducción movido por el amor. Lo que se hace fuera se llama trabajo. Lo de

dentro son tareas asignadas a las mujeres, derivadas de su condición de mujer, hasta hace bien poco llamadas “sus labores” (sus de ella). Si la economía es un asunto de individuos libres movidos por el egoísmo, entonces el espacio familiar y afectivo, donde las mujeres tienen asignada la función reproductora, gratuita y por tanto no egoísta, no es relevante para la economía.

Desde la industrialización el término trabajo ha sido secuestrado por el productivismo y se ha convertido en sinónimo de empleo. Tanto la economía clásica como el marxismo o la economía neoclásica coinciden en este reduccionismo. El conflicto que supone el choque de lógicas (la del mercado y la del supuesto amor del espacio doméstico) no es abordado ni siquiera por el marxismo, una teoría que visibiliza y denuncia otros conflictos de poder. Este identifica a las mujeres con su familia, incluyéndolas en la clase social de sus maridos. El conflicto de género se considera subordinado al de clase. Las relaciones y los conflictos de género no son económicamente relevantes para la economía marxista o al menos se entiende que se resolverán cuando se supere la lucha de clases.

El empleo se ha erigido en el centro de la vida y ha impuesto sus ritmos y sus ciclos por encima de los de esta. La jornada laboral organiza el horario del resto de actividades vitales como comer, dormir o cuidar. Es curioso que un determinado trabajo (el asalariado) relativamente reciente en la historia como fenómeno masivo (unos pocos siglos) y comparativamente menos absorbente en tiempo que otros<sup>3</sup>, haya tomado la exclusiva del concepto trabajo y haya suplantado actividades imprescindibles para la supervivencia y para la cohesión social como son las interminables tareas de crianza, aprovisionamiento, limpieza, alimentación, atención emocional, mantenimiento de vínculos comunitarios, etc.

Los mercados, espacios públicos racionales, gobernados por el “homo economicus” (ese champiñón que brota cada mañana de forma misteriosa en el puesto de trabajo, alimentado, escuchado, lavado y planchado), se consideran independientes del ámbito privado, afectivo, habitado por la “reina de la casa”. En estas condiciones se hace posible y naturaliza la apropiación del trabajo doméstico. No es de extrañar que diferentes economistas, principalmente mujeres, reaccionaran ante esta torpe e interesada omisión.

Existen relecturas de la ciencia económica que revisan estos “olvidos” de la economía ortodoxa y lo hacen con diferentes estrategias. En algunos casos visibilizan la presencia de las mujeres en ese espacio económico ya definido (se enmarcan en la economía de género). En otros reevalúan las categorías económicas desde criterios feministas y de sostenibilidad (se enmarcan en la economía feminista). Realmente estas diferentes lecturas económicas, antes que posturas enfrentadas, constituyen interpretaciones diferentes que interpelan a la economía convencional.

---

<sup>3</sup> Según la encuesta de uso del tiempo 2003-2004 el tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidados en Cataluña es del 112% respecto del trabajo mercantil. Citado en Carrasco, Cristina, “Tiempos y trabajos desde la experiencia femenina”, ECOS CIP Ecosocial

## V. La economía de género

La economía de género reúne una colección de análisis que incorpora preocupaciones de género en el marco económico previamente existente. Desde la economía neoclásica se analizan con perspectiva crítica las relaciones entre géneros en el mercado. Aquí se enmarcan por ejemplo estudios sobre la diferente participación de mujeres y hombres en los mercados, sobre la diferencia de salarios, la diferencia de cualificaciones o el acceso a puestos de responsabilidad.

Ya en los años 30 la economía se preguntaba por la diferencia de salarios entre mujeres y hombres. A mitad del siglo XX la economía puso atención en la creciente incorporación femenina al mercado de trabajo. Surgió entonces la pregunta sobre las causas del aumento de participación de las mujeres como fuerza de trabajo, en un momento en que el ingreso de las familias aumentaba. Dos respuestas a esta pregunta ilustran las discrepancias entre la mirada económica al uso y el feminismo. Para la primera el costo de oportunidad (altos salarios) llevaba a las mujeres al mercado. Para la segunda eran los costes (emocionales y vitales) de permanecer en el hogar los que la catapultan hacia el exterior.

A partir de los años 70, la Nueva Economía del Hogar (una línea de investigación iniciada por Gary Becker), estudia lo que ocurre en esa caja negra que es el espacio doméstico y analiza la producción no mercantil de los hogares estudiándolos como una pequeña unidad productiva, con modelos y herramientas de la economía neoclásica. Las familias comienzan a estar presentes en los estudios económicos: un objeto nuevo explicado con los viejos términos.

La economía de género reconoce a la mujer la condición de sujeto. Pretende analizar cómo se ha dado el proceso de exclusión de las mujeres, cual es su alcance y cuales podrían ser las salidas (estudios de equidad). Por otro lado intenta incorporar categorías de análisis económico que incluyan a las mujeres, reduciendo el androcentrismo de esta ciencia.

Los estudios de equidad reclaman iguales derechos para mujeres y hombres. Analizan desde un punto de vista cuantitativo diferencias entre ambos sexos en campos diversos, por ejemplo en niveles de formación, haciendo visible, pongamos por caso, que a partir de un número mayor de licenciadas mujeres, según se sube el nivel académico, disminuye la presencia femenina. Se intenta explicar esta diferencia desde el uso diferencial del tiempo, las diferentes expectativas sociales sobre la atención a los hijos, las actitudes poco apreciativas de los compañeros académicos o el menor interés por disciplinas abstracta. Las soluciones en este marco de análisis apuntan a la igualdad de oportunidades.

Otros estudios analizan la participación de las mujeres en la economía formal (tasas de ocupación, precariedad...) y denuncian la segregación ocupacional horizontal (los puestos peor considerados socialmente están mayoritariamente en manos de mujeres) y la segregación vertical (el llamado “techo de cristal” o “suelo pegajoso”, por el que dentro de una actividad dada, a iguales condiciones de formación y

habilidades, las mujeres ocupan los escalones más bajos). El empirismo feminista estudia con detalle los mecanismos de la discriminación laboral, aunque sus explicaciones se construyen dentro del marco de los conceptos económicos que esta disciplina maneja (teoría de las ventajas comparativas, modelo del capital humano...)

Sin embargo, a pesar de tener el mérito indiscutible de hacer presentes a las mujeres en el ámbito de la economía, se puede criticar a estos enfoques el no poner especial atención a lo que ocurre en los hogares, Tampoco pretenden revisar el modo de inserción laboral masculino. Entre otras cosas queda por explicar dónde se originan las asignaciones diferenciales o cuales son los efectos de estas en la autonomía, en el poder o en la libertad de las mujeres.

La economía de género sitúa las soluciones en el campo de la igualdad de oportunidades, no en la reconstrucción de las categorías económicas. Desde una posición crítica se ha venido a definir esta propuesta de revisión económica con la expresión “Añada mujeres y revuelva”, pues a pesar de añadir un ingrediente, se mueve en la misma “cazuela económica”.

## **VI. La economía feminista**

Posturas feministas más radicales consideran que estos análisis se quedan en la superficie y no alcanzan en fondo del problema, que radica en la misma construcción de las categorías económicas.

Por eso la economía feminista reformula el marco del “lo económico” poniendo en duda sus construcciones esenciales, las dicotomías que permiten su delimitación: trabajo/no trabajo, público/privado, mercado/gratuidad. Las actividades tradicionalmente realizadas por mujeres han de incorporarse al campo de lo económico y reorganizar la comprensión de este.

Se pueden identificar tres estrategias para realizar esta *deconstrucción*: La primera consiste en dar igual consideración económica a la actividad de los hogares que a la del espacio público. La segunda en invertir las jerarquías, otorgando más peso al espacio doméstico. La tercera pretende trascender la dicotomía a través del término bisagra “sostenibilidad de la vida”. Las dos primeras se agrupan bajo el término Economía Feminista de la Conciliación y la tercera aglutina las Economías Feministas de la Ruptura.

La economía feminista de la conciliación defiende que es posible reconciliar los pares de opuestos en una síntesis más global y humana.

## **VII. La economía feminista de la conciliación**

Esta corriente de estudio cree necesario revisar el marco conceptual de la economía y realizar una interpretación feminista de la misma. Hacer visible lo oculto y desvelar la inequidad son dos estrategias utilizadas para la deconstrucción de la economía convencional.

Si nuestros marcos conceptuales han excluido a las mujeres de los grandes números, será necesario construir una nueva lectura económica que integre la mirada de estas. Esa es la pretensión de la Tesis del Punto de Vista Feminista.

La Tesis del Punto de Vista Feminista surge a finales de los 70 con autoras como Smith, Jaggar, Hartstock, y se considera la propuesta epistemológica más específicamente feminista. Se nutre de la teoría marxista y del feminismo radical.

Del marxismo toma el análisis de clases y el modo en que la clase dominante impone su interpretación de la realidad material como si fuera universal. Sólo una sociedad sin clases (sin patriarcado) podría ofrecer una visión científica y un conocimiento genuinos.

El feminismo radical entiende que las clases esencialmente enfrentadas no son la burguesa y la proletaria, sino las mujeres y los hombres. Las feministas socialistas denuncian los sesgos androcéntricos del discurso dominante, que define qué es lo valioso y qué lo secundario. El discurso dominante está construido desde un punto de vista privilegiado y de poder. Sin embargo las mujeres, situadas en otro punto de vista, tienen una mayor capacidad de comprender la realidad, y esto por diferentes motivos: por ser clase oprimida incorporan el punto de vista de quien no detenta el poder; por estar dentro del orden social (y conocerlo bien) pero no estar interesadas en mantenerlo, tienen más libertad para mirarlo críticamente; por que, aunque se les pretende relegar al llamado espacio privado, pasan de este al público con frecuencia; porque se encargan de trabajos enraizados en la vida cotidiana, en la naturaleza material de la vida y por tanto unifican actividades manuales, mentales y emocionales. Por todo esto gozan de una posición más adecuada para crear conocimiento.

Se puede decir que la Teoría del Punto de Vista Feminista defiende que toda teoría es una construcción social y por tanto parcial. De esas parcialidades propone privilegiar la del grupo más marginal, y tomar en cuenta sus experiencias.

Este nuevo conocimiento será más humano, y no puramente masculino. Se le puede considerar objetivo, pero entendiendo la objetividad de un modo diferente al clásico: la “objetividad reforzada”, es decir, aquella que hace explícito su marco de partida.

Otra de las aportaciones del feminismo a la teoría del conocimiento consiste en intentar revertir, desordenar o superar las dicotomías que el pensamiento androcéntrico ha consolidado. Comprendemos el mundo a través de las metáforas que lo nombran (Lakoff), y los dualismos de los que se ha hablado al principio son metáforas esenciales, por otra parte muy cargadas de connotaciones de género. Los dualismos son metáforas jerarquizadas y además, “generizadas”. Valga un ejemplo para mostrar este fenómeno: Si se nos dieran pares de opuestos (ciencia/superstición, fuerza/debilidad, centro/periferia...) y se nos pidiera que los colocáramos en la columna de las mujeres o en la de los hombres no nos sería difícil coincidir. Han calado en nuestra categorización de la vida.

Ante este sesgo cultural aparece la propuesta de revalorizar aquellos aspectos de ambos términos que puedan ser útiles al conocimiento. Combinar lo bueno de lo masculino con lo bueno de lo femenino, unificándolo en una síntesis humana.

Pero el género no es sólo un instrumento de ordenación del pensamiento, sino también un sistema de ordenación social, de reparto cotidiano de poder, a pequeña y a gran escala. La revisión conceptual no basta para transformar estas desiguales relaciones de poder.

### VII.1. Una mirada al trabajo doméstico

Como ya se ha dicho, hasta hace bien poco el espacio privado del hogar y todo lo que en él ocurría se había sustraído a los estudios económicos.

En el camino estratégico de visibilizar lo oculto, la economía feminista de la conciliación ha dirigido una especial atención al trabajo doméstico y a la familia. Trabajo doméstico, de reproducción, no remunerado, son categorías no exactamente sinónimas que van perfilándose según se añaden matices a este núcleo de actividad.

Se trata de un trabajo invisible a varios niveles: no tiene salario, no figura en las estadísticas, no es reconocido socialmente, no está regulado, no dispone ni siquiera de un término propio que lo nombre pues le ha sido usurpado.

En los intentos de medir el trabajo doméstico con el fin de visibilizarlo, se utilizaron en un principio indicadores monetarios, de modo que se pudiera comparar este con otros servicios del mercado laboral. También se han realizado estudios de uso del tiempo, otro indicador capaz de reflejar, aunque sea parcialmente, esta dedicación. Son muy reveladores los datos referidos a las aportaciones de mujeres y hombres a diferentes actividades. Según Durán<sup>4</sup>, si en el estado español hubiera que convertir en empleos a jornada completa las horas dedicadas a trabajo no remunerado, sería necesario crear un mínimo de 26,4 millones de empleos... En un entorno en el que hoy día hay 18,6 millones de personas ocupadas en el mercado (EPA IV trim. 2009). De ese tiempo de trabajo gratuito, el 83% es realizado por mujeres.

En un primer momento el feminismo marxista se interesó en este espacio laboral. La familia es la unidad de producción y de consumo en la que se apoya el capitalismo. Este depende del trabajo doméstico. Engels, en su análisis materialista, separa la producción de los medios de existencia (basados en el modo de producción capitalista) y la producción de seres humanos. Aunque él se centra en el primer modo de producción, las Teorías de los Sistemas Duales ponen también atención en el segundo, mostrando cómo es esclarecedor combinar el análisis marxista del capitalismo con el análisis feminista radical del patriarcado.

Para entender todos los fenómenos que ocurren en las unidades familiares (rela-

---

<sup>4</sup> Durán, M<sup>a</sup> Ángeles (2009) "La contabilidad del tiempo" en Jornadas Europea sobre Usos del Tiempo, [http://jornadausosdeltemps.net/public/assets/pagina\\_8/doc\\_004\\_es.pdf](http://jornadausosdeltemps.net/public/assets/pagina_8/doc_004_es.pdf)

ciones de poder, distribución de tareas, presión emocional...) es necesario incorporar las interrelaciones clase/género

El enfoque de la producción-reproducción otorga a la reproducción humana la misma importancia que a la producción material, siendo ambas actividades esenciales en la economía.

Si atendemos a la actividad productiva, encontramos los intentos pioneros de Margaret Reid de demarcación del trabajo doméstico. Para delimitarlo usó el Principio del Tercero: es trabajo doméstico todo aquel trabajo reproductivo que podría ser realizado por un tercero, según un criterio de delegabilidad.

Hay consenso en la idea de que el trabajo doméstico es aquel que “produce bienes y servicios para el autoconsumo, no para el intercambio mercantil, es decir, genera valores de uso pero no valores de cambio” Es un trabajo que produce una mercancía: la fuerza de trabajo. Pero a pesar de este carácter productivo, participa de ciertas cualidades que lo distancian del trabajo al uso: En él no existe posibilidad de especialización (dedicarse sólo a planchar sábanas), no pretende un aumento de productividad (hacer la cama el mayor número posible de veces al día en el menos tiempo posible), pues no opera según el mecanismo de la competencia (si no cuento los cuentos mejor que mi vecina, mis hijos se marcharán a su casa), tiene carácter cíclico y conecta con los ritmos de la vida (pues la capacidad de trabajo y las necesidades de apoyo varían a lo largo de esta), su finalidad es el mantenimiento y no el crecimiento (no busca acumular de forma creciente fiambreras de lentejas), tiene un sentido claro (se comprende la necesidad o la utilidad de hacer el cocido), suele abarcar cadenas de tareas y no tareas fragmentarios (compra de alimentos, conservación, elaboración de menús, preparación, reutilización de sobras...). Se desarrolla en el espacio privado aunque necesita de mercancías obtenidas en el espacio público, generalmente en el mercado. Por esto establece una relación de interdependencia con la economía de mercado.

Si atendemos por un momento a los trabajos que realizan los ecosistemas para mantener su estabilidad y su supervivencia podemos encontrar algunas similitudes: los ecosistemas maduros buscan el equilibrio y huyen del crecimiento, realizan “trabajos” cíclicos, destinados a repetirse una y otra vez, no buscan más acumulación que la necesaria para garantizar su supervivencia... Los trabajos que sirven a la sostenibilidad de la vida siguen la lógica de la vida. Sin embargo la economía de mercado ha roto esta lógica.

Es interesante comprobar su profunda oposición al trabajo mercantil en el marco capitalista, marcado por la productividad, la competitividad, la fragmentación, la imposición de ritmos, la especialización, la alienación, la supuesta autosuficiencia y la falta de comprensión del sentido (y/o falta de interés en él).

Ante la pregunta sobre la preeminencia del capitalismo o del patriarcado en la construcción de la división sexual del trabajo, Delphy opina que existe un modo de producción doméstica, diferenciado del modo de producción capitalista, apoyado en

la división sexual del trabajo. Otras marxistas entienden que la producción doméstica forma parte de la producción capitalista.

Más allá de este debate, se puede definir de forma simple la división sexual del trabajo por medio de esa regla que dice así: sea cual sea el tipo de trabajo, las mujeres ocupan un puesto inferior, incluso cuando los hombres se incorporan a los trabajos tradicionalmente realizados por mujeres (los grandes cocineros, los más famosos modistos, e incluso los pedagogos más insignes son mayoritariamente hombres).

El espacio familiar es imprescindible para que los hombres –y algunas mujeres– puedan acudir en perfecto estado al mercado laboral. Es un “trampolín invisible, flexible, elástico, que se recupera después de cada caída”. Por tanto se puede entender esta pequeña “unidad de producción”, como el sostén indispensable de ese otro espacio mayor que es la producción mercantil.

La dedicación de la familia a las demandas del mercado se puede interpretar como resultado de la presión de los intereses económicos, de la presión del patriarcado o de ambas. Para resolver esta duda es útil preguntarse dónde recaen los beneficios de la entrega doméstica al sistema productivo.

Si nos hacemos la pregunta *¿a quién beneficia el trabajo doméstico gratuito?* encontramos respuestas diferentes. Parece que al capital le beneficia bastante. El trabajo doméstico permite que los salarios de las mujeres sean más bajos. Estas forman un ejército laboral de reserva que permite absorber necesidades transitorias del capital. Por otra parte la familia mantiene una estabilidad social que el mercado necesita. Para algunas feministas el trabajo doméstico genera plusvalía. Sin embargo no está del todo claro que el capital prefiera el trabajo masculino. Si las mujeres admiten menores salarios, sin trabajar menos, e incluso a menudo más, serían más deseables para el mercado y se recurriría a ellas de forma estable, cosa que no ocurre más que de forma puntual. Por otra parte una vez que entran al mercado laboral no parece fácil que vuelvan a ese ejército de reserva.

Esta imagen del capitalismo como primer interesado en la producción doméstica, de las mujeres formando parte de la clase obrera, compartiendo con sus maridos la lucha contra el capital, no parece convencer a muchas feministas, que defienden que los principales beneficiados e interesados en este reparto de tareas son los hombres. Dicho reparto es muy anterior al capitalismo. El matrimonio termina de apuntalar esa determinada distribución de trabajos de producción y reproducción. El matrimonio puede entenderse como un pacto de convivencia que sustenta un reparto desigual de responsabilidades fundado en la superioridad del varón.

Las teorías de los sistemas duales consideran que patriarcado y capitalismo existen simultánea y sinérgicamente. Las estructuras clave de dominación son la producción, la reproducción, el sexo y la socialización de los niños y niñas. Los espacios reproductivo y sexual están controlados por los hombres. Patriarcado y capitalismo van de la mano.

El capitalismo necesita trabajadores, pero no establece jerarquías sobre quién puede acceder a un puesto de trabajo. Es el patriarcado el que le proporciona estas

jerarquías. Ha habido momentos en que el patriarcado y el capitalismo han tenido sus discrepancias: al comienzo de la revolución industrial este exigía que las mujeres participaran de la producción, mientras que los hombres no querían perder el control de sus esposas en el hogar. La protección del trabajo femenino y el “salario familiar” fue el acuerdo que el capital firmó con los trabajadores varones.

De nuevo en estos momentos de crisis la familia y el capital compiten por el trabajo de las mujeres (Eisenstein, 1998). Aunque la situación sea muy diferente a lo largo de diferentes enclaves geográficos.

## VII.2. Críticas al Homo Económicus

El Homo Económicus que define la economía convencional, racional, egoísta y autónomo (ejemplificado por Robinson Crusoe, el autosuficiente por excelencia) es, por más que le duela, dependiente de un medio material y de unas relaciones emocionales. No está claro que sus preferencias sean libres, independientes y estables, y también parece discutible que su única motivación sea la egoísta.

Frente al egoísmo económico se alza el supuesto altruismo doméstico. Esta idea de altruismo femenino como motor de la realización de los trabajos de cuidado evita estudiar las relaciones de poder, las coerciones, la violencia y el conflicto estructural que se da en el seno del hogar.

Dos problemas ante esta imagen egoísta del homo económicus ¿Es realmente el altruismo el que mueve el trabajo reproductivo? Y ¿Por qué el terreno del altruismo queda fuera de lo económico? ¿No será preferible hablar de un individuo relacional, que transita del mercado al espacio doméstico, un espacio por otra parte cada vez menos homogéneo?

También se podría entender que las relaciones en la casa funcionan según un principio de mutuo interés, pues ambas partes, que son interdependientes, supuestamente maximizan sus beneficios dentro de la pareja. Sin embargo las decisiones sobre reparto de tareas, el ocio, el consumo dependen del poder de negociación de las partes, que no se reparte equitativamente. En un sistema patriarcal estas decisiones no se resuelven libremente.

La presencia de las mujeres en el espacio salarial depende de la intensidad de su participación doméstica, pero esta no basta para explicar las condiciones laborales discriminatorias que sufren. Menor cualificación, mayor inestabilidad en el empleo (por responsabilidades familiares), supuesta falta de interés en la promoción, son argumentos de los empleadores para mantener condiciones de trabajo diferenciales.

Además de las cualificaciones formales –las reconocidas por el sistema- existen otras no formales, que se piden en ciertos trabajos, especialmente en los trabajos más feminizados (capacidad de comunicación, generación de empatía) y que se adquieren en el trabajo de cuidados. Habilidades de gestión, rudimentos de contabilidad, representación pública, apoyo emocional, mediación, manejo de imprevistos... son

capacidades valiosas que se desarrollan en la práctica doméstica cotidiana, pero que nadie certifica. La doble jornada de muchas mujeres hace difícil la separación de cualificaciones en el ejercicio de muchos trabajos.

El sistema de trabajos es un todo en el que las esferas mercantil y doméstica se desarrollan en interdependencia, aunque esta sea asimétrica, pues la producción de cosas y de personas tiene caracteres bien diferentes.

La Economía Emocional en su análisis de este espacio económico, concluye que la situación de la trabajadora casada entra en una categoría que podría llamarse de servidumbre, ya que esta no puede cambiar de empleador (o hacerlo con un enorme coste personal y material y desde luego no con frecuencia) y ofrece el trabajo a cambio de bienes de subsistencia y no de un salario. Gratuidad y exclusividad son dos condiciones de la relación de servidumbre. Se propone invertir la jerarquía y colocar en el centro de la economía la esfera invisibilizada del modo de producción familiar.

Pero incluso quienes consideran que el patriarcado constituye el núcleo de la dominación que sufren las mujeres, defienden que no es posible la liberación de este dentro de un modelo capitalista.

La economía feminista de la conciliación da luz y enfatiza asuntos nuevos y esenciales, cambiando el punto de vista del análisis, pero no discute la misma naturaleza de los mercados. Para sus interpretaciones toma como referencia categorías masculinas (por ejemplo las relativas al trabajo) y no supera las dicotomías androcéntricas (hombre/mujer, cultura/naturaleza, razón/emoción) que han mantenido el orden conceptual y material de la economía. De ahí el surgimiento de posturas que ahondan en la transformación de ese orden conceptual.

### **VIII. La economía feminista de la ruptura**

Para llegar a esta transformación es necesario partir de algunas reflexiones esenciales. La actividad fundamental de los seres humanos, como la de cualquier ser vivo, es la de producir o destruir la vida. Al margen de la discusión que pueda suscitar que la producción y la destrucción se coloquen al mismo nivel, parece de consenso que la vida es nuestro principal asunto. Por eso la sostenibilidad de la vida puede ser el término que trascienda esa división en opuestos de la cultura androcéntrica. Este es uno de los ejes de esta propuesta económica feminista de la ruptura.

La economía feminista de la ruptura propone partir de la experiencia de las mujeres y otros sujetos en la “periferia” de lo económico, y construir desde allí un sujeto político situado en un contexto determinado. Recibe influencia del feminismo anti-racista y postcolonial.

Estos son algunos de sus presupuestos: El lenguaje crea realidades y a través de él se construyen las relaciones de poder. El objeto de estudio no es algo pasivo que espera ser estudiado. Todo punto de vista es parcial por lo que hemos de renunciar a formular un conocimiento universal y verdadero. La realidad es un complejo mapa colectivo.

Las mujeres entienden el mundo desde el propio cuerpo sexuado, desde la propia etnia, desde la propia clase social. Son sujetos históricos y responsables del conocimiento que crean. De los múltiples discursos posibles cabe sólo privilegiar aquellos capaces de ponerse en diálogo con otros.

El discurso de la sostenibilidad de la vida puede ser esta bisagra que articula diferentes contextos. El término sostenibilidad de la vida trasciende la dicotomía económico-no económico. Desplaza la atención de los mercados a las personas, nos remite al proceso y no al resultado y supone la implicación de las personas en esa tarea de construcción. Este enfoque está muy cercano al de la economía ecológica, que sintetiza las dimensiones humana, social y natural. Esta ciencia también cuestiona las delimitaciones que la economía hace entre lo económico y no económico. Mujeres y naturaleza comparten la misma trinchera en las dicotomías y también han compartido destinos cercanos en la cultura patriarcal y mercantil. La invisibilidad, el desprecio, el sometimiento, la explotación, tanto de mujeres como de naturaleza han ido a la par en las sociedades industriales. La sostenibilidad de la vida es incompatible con estas relaciones de dominio.

Si proponemos colocar a los seres humanos en el centro, es ineludible el debate sobre las necesidades, sobre los estándares de vida adecuados. Las necesidades son construcciones sociales, afectadas por las relaciones de poder. A su vez nos remiten a la dependencia del medio natural y de los trabajos realizados por las mujeres. Una economía interesada en la vida deberá preguntarse por estas necesidades y por sus modos de resolución y hacerlo vinculando miradas micro y miradas macro.

Los estudios de la globalización económica que incorporan a las mujeres, por ejemplo, ofrecen miradas globales que no reflejan los efectos concretos en sus vidas. Los análisis de los planes de ajuste estructural y sus implicaciones en la vida de las mujeres (el retroceso de la cobertura pública que las obliga a suplir con su trabajo esta ausencia es un ejemplo de ello) muestran ese vínculo entre la micro y la macro economía. Un estudio de la economía que incorpore los trabajos de sostenibilidad es capaz de mostrar al tiempo el plano general y el de detalle. Esta nueva comprensión es necesaria para diseñar propuestas que superen con equidad y humanidad las múltiples crisis.

La economía feminista de la ruptura no parece encontrar un término que supere la división trabajo/no trabajo. En todo caso en la experiencia de las mujeres, trabajo y vida son la misma cosa. Los afectos y las relaciones forman parte del trabajo y es difícil delimitar las fronteras entre unos y otro. Esas actividades que nunca terminan, que se consumen a la vez que se realizan y vuelven a estar pendientes, de igual modo son trabajo. Los servicios sexuales también podrían incluirse en esta categoría.

### VIII.1. El trabajo de cuidados

Ya se ha hablado de cómo el trabajo que se realiza en el espacio doméstico supone formas de organización, culturas y valores diferentes del trabajo de mercado. En

un primer momento su delimitación ponía énfasis en el carácter material del trabajo no retribuido. También se puso en evidencia su componente de gestión, y por último su componente emocional. De ahí el nombre de “trabajo de cuidados”. Este concepto surge de las mujeres occidentales de clase media, que viven cambios relativamente recientes en su gestión.

El trabajo de cuidados se desarrolla fundamentalmente –aunque no sólo– en el hogar, que constituye por esto una especial unidad de análisis de la economía feminista

El trabajo de cuidados se puede definir desde la motivación con la que se realiza o desde la necesidad que lo genera. Se considera que el trabajo de cuidados está movido supuestamente por el amor, pero esa explicación no alcanza a explicar muchas experiencias en las que su desarrollo se ve impuesto por adscripción social o por presión del poder familiar.

Si pensamos en las necesidades que cubre, podemos encontrar una amplia gama de “dependencias” que abarca desde las necesidades de la persona mayor no autónoma a las de la persona enferma o de los niños y niñas, pasando por el “dependiente social” (varón adulto y sano que no realiza por sí mismo las tareas de autocuidado) La separación dependencia/autonomía y trabajo/no trabajo es también discutible, por ejemplo si se visibiliza el trabajo de cuidado infantil que hacen las personas mayores de 65 años, supuestamente inactivas.

El cuidado no es un producto acabado, sino una relación entre persona cuidadora y persona cuidada. Todas las personas han sido cuidadas de forma intensiva en su infancia y necesitan serlo en una u otra medida. Precarias a la Deriva<sup>5</sup> propone una “lógica ecológica del cuidado” o una “ética del cuerpo social”, que revalorice los cuidados, pero sin mistificar la relación de las mujeres con estos, realizando una reorganización política de los mismos.

Todos y todas vivimos en un continuo de dependencia-autonomía, es decir, de interdependencia. El homo economicus ha negado esta evidencia gracias a la necesaria invisibilidad del trabajo doméstico. Una propuesta práctica realizada desde la economía feminista consiste en revisar las encuestas de población activa, incluyendo medidas no androcéntricas. Se trata de incluir los tiempos de trabajos no considerados por el mercado, los tiempos en que se realizan tareas simultáneas, las actividades llamadas no productivas. También se propone desglosar el trabajo familiar o doméstico en tareas diferentes, como pueden ser los cuidados personales, la alimentación, las compras y servicios, los cuidados a personas dependientes o los desplazamientos. De estos sistemas de medición se concluye que en la vida familiar, el patrón de actividad de mujeres y hombres es muy diferente. Ellas varían su actividad en función del ciclo vital, manteniendo siempre la responsabilidad doméstica, aunque puedan

---

<sup>5</sup> Precarias a la Deriva es un laboratorio de trabajo de mujeres que han realizando reflexiones y denuncias conjuntas sobre la precariedad vital y la particular posición de las mujeres ante los trabajos.

delegar parte de las tareas derivadas de esta en el mercado. Los hombres sin embargo no se hacen responsables últimos de esta actividad, y no la acomodan a su ciclo de vida. Es más, su actividad doméstica puede incluso disminuir cuando hay niños o personas dependientes en la casa. Así mismo existe una segregación de tareas por la que los hombres tienden a no encargarse de tareas rutinarias o monótonas.

Parece constatarse la segregación vertical (en el tipo de trabajos) y horizontal (en las condiciones de estos) entre hombres y mujeres. La nueva perspectiva de la sostenibilidad de la vida permite hacer una propuesta diferente de organización social, poniendo de manifiesto los intereses ocultos de los repartos tradicionales.

Los enfoques económicos androcéntricos establecen un nexo directo entre dinero y condiciones de vida. El trabajo de cuidados muestra cómo esta relación es muy desigual. El bienestar que los cuidados proporcionan a quien los recibe no es proporcional al dinero que se invierte en su realización.

Hay una honda contradicción entre el proceso de reproducción de personas y el proceso de acumulación de capital (Piccio, 1992). La lógica del mercado choca con la lógica del cuidado. Los mercados tienen objetivos, estrategias y ritmos diferentes a la vida. Aún ocupando un espacio mucho menor se han colocado como protagonistas.

Para ejemplificar esta proporción, Mies y Durán usan la metáfora del iceberg. Flotando visible está el mercado. Debajo, haciéndolo flotar, con un tamaño mayor, el trabajo de mantenimiento de la vida. Dos partes diferenciadas, la principal invisible, y ambas formando una unidad indivisible. El mercado de trabajo necesita de la actividad no remunerada, de ese espacio de reproducción social donde se recuperan unas energías que el sistema no podría remunerar, ni en muchos casos sustituir.

“Entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, nuestras sociedades patriarcales capitalistas han optado por este último. Esto significa que las personas no son el objetivo social prioritario, sino que están al servicio de la producción” (Carrasco, 2001). Puesto que los mercados no tienen como objetivo satisfacer las necesidades humanas, no pueden convertirse en centro privilegiado de la organización social. Es más, hay gran cantidad de procesos mercantiles que son dañinos para la vida, consumiendo muchos recursos sin producir bienestar, como señala la economía ecológica. No parece que la experiencia de los hombres en el mercado desarrollada en los últimos siglos sea el modelo a seguir. Más adecuado es pensar en modelos de interdependencia y responsabilidad mutua. Sin olvidar que además de los trabajos de cuidados existen otros de participación ciudadana y de subsistencia que participan en parte de sus rasgos definitorios.

La visibilidad es una herramienta de poder. Permite la valoración social, el reconocimiento, la regulación. El trabajo doméstico mercantilizado sufre la regulación laboral más irregular del mercado. La tríada cuidados-atención-sexo está fuertemente invisibilizada y despreciada por los mercados.

Sin embargo a lo largo de la historia los cuidados se han resuelto desde la econo-

mía no monetarizada, en el hogar. El conflicto entre el capital y la vida se amortigua en los hogares. Las mujeres se han socializado en el cuidar y los hombres en el ser cuidados. Esto es lo que Rich llama heterosexualidad obligatoria: el supuesto de que una mujer se ocupará del cuidado de un hombre y de su prole. La subjetividad femenina se construye sobre este supuesto, que drena recursos de las mujeres hacia los hombres. Si se pudiera contabilizar el saldo entre el trabajo de cuidados ofrecido a otras personas y el recibido, la mayor parte de las mujeres acumularían un superávit proporcional al saldo negativo de la mayor parte de los hombres. Ana Bosch llama a este desequilibrio “deuda civilizatoria”<sup>6</sup>, aunque quizá sea más claro llamarle “deuda de cuidados”. Sin hacer demasiados números se puede observar de forma intuitiva la cuantía y la dirección de esa deuda.

Las empresas tampoco asumen el cuidado como responsabilidad, ni consideran que sus trabajadores necesiten cuidar o ser cuidados, siguiendo el modelo de asalariado masculino, que no resuelve personalmente estas tareas, sino que lo hace por mediación de su esposa.

Ni el mercado, ni el Estado, ni los hombres asumen como propio el trabajo de cuidados. El Estado del Bienestar considera a los sujetos en función de su participación en el mercado laboral o su pertenencia a una familia. Fuera de ellos queda la desprotección social.

### VIII.2. La crisis de los cuidados

En los últimos años se han dado transformaciones sociales que modifican de forma importante las demandas de cuidados. Crece la población mayor dependiente, junto con la prolongación de la vida. Se mantienen los dependientes sociales (los hombres sanos y adultos que no se ocupan de las tareas de auto cuidado y las hacen recaer en otras personas suponen el 80% de la población masculina). La infancia, aún reduciendo su número, aumenta su grado de dependencia en los hábitats urbanos... La necesidad de cuidados en nuestra sociedad es cada vez mayor.

Las mujeres participan de forma progresiva en los mercados como asalariadas y disminuye su disponibilidad para realizar estas tareas. Las familias unipersonales se hacen más frecuentes, disminuye el tamaño medio de los hogares, las nuevas organizaciones familiares también apuntan a cambios en las estructuras del cuidado. La salida que se ofrece es la mercantilización de los cuidados.

Este área mercantil se contempla como un sector de mercado en fase de expansión que hace posible la obtención de beneficios y al que la empresa privada (que no la sociedad) ya se ha incorporado.

La distribución del trabajo de cuidados se está reorganizando en el seno del

---

<sup>6</sup> BOSCH, A. CARRASCO, C. GRAU, E. (2005) “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo”, en TELLO, Enric, *La historia cuenta*, Barcelona: El viejo Topo

colectivo femenino, sin participación de los hombres. Esta reorganización se resuelve con diferentes estrategias. Una de ellas consiste en trasladar a otras personas, vía mercado o vía apoyo informal, algunas responsabilidades, recurriendo a apaños diversos para ir resolviendo el día a día. Otra es la redistribución intergeneracional, haciendo recaer responsabilidades en la familia extensa. En tercer lugar se da una redistribución por clase o etnia, comprando en el mercado servicios domésticos. Las cadenas globales de cuidados (mujeres inmigrantes que cuidan a personas del norte y a su vez han de delegar en sus familiares del sur el cuidado directo de quienes dependen de ellas) son efecto de este desplazamiento de trabajo, siempre entre mujeres.

El pacto basado en la división sexual del trabajo comienza a ser inviable. Esta es la esencia de la llamada “crisis de los cuidados”. Esta situación genera tensiones en el espacio doméstico que se traducen a menudo en diferentes formas de violencia. La casa es espacio de conflicto.

Sin embargo, las salidas a esta crisis de los cuidados apuntan a soluciones reaccionarias y poco equitativas. Soluciones individuales, privadas y no politizadas. El Estado, que no termina de asumir los cuidados como responsabilidad propia, no provee de suficientes recursos en relación al volumen de las necesidades. El mercado se está colocando en el centro de estos trabajos, imprimiendo en ellos la misma lógica que ha impreso en otros servicios: acceso diferencial, lógica del beneficio, feminización de trabajos que requieren un extra relacional, precariedad del empleo...

La complejidad de este reparto de los cuidados tiene visos de aumentar, pero siempre en el marco de una división sexual del trabajo. La sociedad masculina, en ninguna de estas variantes, parece que vayan a sumir la cuota de responsabilidad en estos trabajos que les correspondería. Una teoría económica inclusiva y feminista tiene la tarea de diseñar otro mapa de los trabajos.

Vivimos en un sistema económico perverso que omite lo esencial –la vida- y prima un orden que se opone a su lógica. La llamada conciliación es una pretensión imposible en el marco de una economía que, si tiene que elegir –y tiene que hacerlo muy a menudo- opta a favor del mercado. Es necesario hacer visible esta incompatibilidad.

Está pendiente la responsabilidad colectiva en la sostenibilidad de la vida. La gestión equitativa de los cuidados, pendiente de diseñar y más aún de poner en marcha, debe defender derechos esenciales a cuidar en condiciones dignas, a no cuidar en determinadas condiciones, a ser cuidado o cuidada... La democratización de los hogares puede constituir un elemento profundamente transformador y revolucionario, capaz de producir cambios estructurales mucho más allá del espacio doméstico.

También queda pendiente la pregunta por las formas del buen vivir, en los márgenes del capitalismo, que nos ofrezca propuestas no mercantilizadas del bienestar.

La economía feminista tiene ante sí el inmenso trabajo de descentrar los mercados y colocar la sostenibilidad de la vida humana en el centro de la reflexión económica, y trabajar para que las tareas que supone la sostenibilidad se conviertan en res-

ponsabilidad social y también masculina. La economía feminista de la ruptura reivindica poner la sostenibilidad de la vida en el centro y “entender la economía como los procesos de satisfacción de necesidades y generación de recursos precisados para el vivir-bien”<sup>7</sup>. Para esto puede contar con la economía ecológica. Las sinergias entre estos dos marcos de análisis pueden permitir re conceptualizar las categorías que definen el funcionamiento económico y hacer una propuesta sostenible que de esperanza no sólo a las mujeres, sino a la especie humana en la tierra.

La supervivencia necesita de los trabajos de cuidados pero también de los trabajos de generación de recursos básicos. Estos dos espacios despreciados por la economía al uso y aupados por la economía feminista y la economía ecológica, constituyen el marco de la sostenibilidad de la vida. Entendemos la sostenibilidad como “proceso que no sólo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe –en términos humanos, sociales y ecológicos- sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para toda la población. Sostenibilidad que supone pues una relación armónica entre humanidad y naturaleza, entre humanas y humanos. En consecuencia, será imposible hablar de sostenibilidad si no va acompañada de equidad”<sup>8</sup>.

Las mujeres hemos aprendido a pensar atravesando la experiencia. Sabemos que las grandes ideas tienen que enraizar en la realidad cotidiana. Por eso la economía feminista que está por desarrollarse será, seguro, una economía esencial de propuestas para un buen vivir.

### Bibliografía

- AMOROSO, M<sup>a</sup> I. et al. (2003). *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Barcelona: Icaria.
- BENERÍA, L. (1979). “Reproducción, producción y división sexual del trabajo.” *Mientras Tanto*, nº6, p.47-84.
- BORDERÍAS, C. (comp.), CARRASCO, C. (comp.), ALEMANY, C. (comp.) (1994) *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*, Madrid: Icaria
- BOSCH, A. CARRASCO, C. GRAU, E. (2005) “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo”, en TELLO, Enric, *La historia cuenta*, Barcelona: El viejo Topo, p.322
- CARRASCO, C. (2009) “Mujeres, sostenibilidad y deuda social”, *Revista de Educación*, número extraordinario, pp. 169-191
- (2001). “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?” *Mien-*

---

<sup>7</sup> PÉREZ OROZCO, A. “Diagnóstico de la crisis y respuestas desde la economía feminista” Texto basado en la ponencia de las XII jornadas de Economía crítica (Zaragoza 11 a 13 de febrero 2010)

<sup>8</sup> BOSCH, A. CARRASCO, C. GRAU, E. (2005) “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo”, en TELLO, Enric, *La historia cuenta*, Barcelona: El viejo Topo, p.322

- tras Tanto*, 82 pp. 43-70.
- CARRASCO, C., MAYORDOMO, M., DOMÍNGUEZ, M. y ALABART, A. (2004). *Trabajo con mirada de mujer*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- DURÁN, M. A., (2000) “Concentración y reparto de trabajo no remunerado en los hogares” (coord.), *Cuaderno de Relaciones Laborales*, nº 17, Servicio de Publicaciones de Universidad Complutense, Madrid, pp.91-122
- Ecologistas en Acción (2008). *Tejer la vida en verde y violeta. Vínculos entre ecologismo y feminismo*, Cuadernos de Ecologistas en Acción nº 13
- NAREDO, J.M., (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: S. XXI
- PÉREZ OROZCO, A. (2006). *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, Colección Estudios, 190.
- (2007). “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico”. *Revista de Economía Crítica*, nº5.

